

STEVEN LEVITSKY Y DANIEL ZIBLATT

LA **DICTA**
DURA **DE LA**
MINORÍA

CÓMO REVERTIR LA DERIVA AUTORITARIA
Y FORJAR UNA DEMOCRACIA PARA TODOS

Ariel

Steven Levitsky y Daniel Ziblatt

La dictadura de la minoría

Cómo revertir la deriva autoritaria y forjar
una democracia para todos

Traducción de Guillem Gómez Sesé

Ariel

Título original: *Tyranny of the Minority: Why American Democracy Reached the Breaking Point*

Primera edición: mayo de 2024

© 2023, Steven Levitsky & Daniel Ziblatt

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y Calligraph

© Guillem Gómez Sesé, por la traducción, 2024

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3771-5

Depósito legal: B. 6.822-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Sumario

<i>Introducción</i>	13
1. El miedo a perder	23
2. La banalidad del autoritarismo.	45
3. Aquí ya ha pasado	77
4. Por qué el Partido Republicano abandonó la democracia	105
5. Mayorías encadenadas	149
6. El Gobierno de una minoría.	183
7. Estados Unidos: un caso aparte	217
8. Democratizar nuestra democracia	243
<i>Agradecimientos</i>	281
<i>Notas</i>	285
<i>Índice temático</i>	357

El miedo a perder

La noche del 30 de octubre de 1983, mientras se hacía el recuento de votos de las primeras elecciones democráticas de Argentina en una década, los peronistas, reunidos en su búnker de campaña, estaban en estado de *shock*. «¿Cuándo llegan los votos del cinturón industrial?», se preguntaban nerviosos los dirigentes del partido. No obstante, ya habían llegado. Por primera vez, los peronistas —el partido de la clase obrera argentina— perdían unas elecciones libres.¹

«No lo vimos venir», recuerda Mario Wainfeld, un joven abogado y activista peronista.² Los peronistas habían sido el principal partido de Argentina desde que Juan Perón, un antiguo oficial militar, ganó por primera vez la presidencia en 1946. Perón era una figura populista y de talento; construyó el estado del bienestar argentino y cuadruplicó su movimiento sindical, ganándose con ello la más profunda lealtad de la clase trabajadora. Una fidelidad que persistiría tras ser derrocado por un golpe militar en 1955, y exiliado del país durante dieciocho años. Aunque el peronismo estuvo ilegalizado durante la mayor parte de las dos décadas siguientes, el movimiento no solo sobrevivió, sino que se mantuvo como una fuerza decisiva en las urnas: logró ganar todas las elecciones nacionales a las que se le permitió presentarse. Cuando un Perón ya mayor pudo volver y postularse a la presidencia en 1973, ganó sin esfuerzos, con un 62 por ciento del voto. Sin embargo, murió un año después, y en 1976

Argentina fue presa de otro golpe que sumergió al país en una dictadura militar durante siete años.

Con todo, cuando volvió la democracia en 1983, prácticamente todo el mundo esperaba que sería el candidato peronista, Ítalo Luder, quien ganaría.

Pero muchas cosas habían cambiado en Argentina: Perón ya no estaba, y el declive de la industria había destruido cientos de miles de trabajos fabriles, diezmando los cimientos obreros del peronismo. Al mismo tiempo, los votantes más jóvenes y los de clase media no se sentían atraídos por los líderes de la vieja guardia peronista. Además, teniendo en cuenta que Argentina acababa de salir de una dictadura militar brutal, la mayoría prefería a Raúl Alfonsín, de la rival Unión Cívica Radical: era un candidato que ponía los derechos humanos en el foco. Los líderes peronistas habían perdido el contacto con el votante argentino. No ayudaba en absoluto que algunos de sus candidatos fueran unos canallas o que estuvieran desfasados. El candidato a gobernador de la crucial provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias, se hizo famoso por enzarzarse en tiroteos contra facciones peronistas rivales en el transcurso de la violenta década de 1970. Durante el último mitin de campaña de los peronistas, dos días antes de la elección, Iglesias salió en directo por la televisión nacional e incineró un féretro con el símbolo de la Unión Cívica Radical, el partido de Alfonsín: un acto de violencia que la mayoría de los argentinos, que habían sufrido una década de represión aterradora, encontraron espantoso.

Con los primeros resultados de 1983, que situaban a Alfonsín a la cabeza de la carrera política, los dirigentes peronistas, desesperados por encontrar una explicación, sucumbieron a la negación. «Todavía no contaron los votos de La Matanza» (un feudo peronista en la periferia de Buenos Aires), insistió Lorenzo Miguel, el jefe del partido.³ El candidato a la vicepresidencia peronista, Deolindo Bittel, llegó a acusar a la administración electoral de retener los resultados a los barrios de clase obrera.⁴ Sin embargo, llegada la medianoche ya era evi-

dente que aquellos votos que esperaban sencillamente no existían. Los peronistas tienen un dicho: «La única verdad es la realidad». Y la realidad era que habían perdido.

La derrota fue un trago amargo. Los dirigentes del partido, relamiéndose las heridas,⁵ la ocultaron a la prensa en un principio, pero a ninguno de ellos se le pasó por la cabeza rechazar los resultados.⁶ Al día siguiente, el candidato peronista que había perdido, Luder, se unió al presidente electo Alfonsín en una rueda de prensa y lo felicitó. Cuando los periodistas preguntaron a Luder acerca de aquella derrota histórica para el peronismo, respondió: «Todos los políticos estamos acostumbrados a que los comicios puedan producir resultados imprevistos».⁷

Tras las elecciones, los peronistas se enzarzaron en un acalorado debate acerca del futuro del partido. Una nueva facción, conocida como la Renovación, exigía que los dirigentes veteranos del partido dimitieran, y consideraba que el peronismo debía adaptarse a los cambios de la sociedad argentina si aspiraba a ganar de nuevo. El partido debía ampliar sus bases y hallar un modo de acercarse a aquel electorado de clase media que había expresado repulsa ante un peronismo que en 1983 incendiaba féretros. Aunque los críticos internos los despreciaban llamándolos «peronistas de saco y corbata», finalmente los líderes de la Renovación lograron apartar a la tosca vieja guardia peronista, echar por la borda muchas de sus ideas de apariencia vetusta, y mejorar la imagen del partido para los votantes de clase media. El peronismo ganaría las dos siguientes elecciones con facilidad.

Así es como debería funcionar la democracia. En las memorables palabras del politólogo Adam Przeworski, «la democracia es un sistema en que los partidos pierden elecciones».⁸ Perder duele, pero en un sistema democrático es inevitable, y cuando sucede, los partidos deben hacer lo mismo que los peronistas: aceptar la derrota, volver a casa y pensar cómo ganar una mayoría en las próximas elecciones.

En la norma de aceptar la derrota y ceder el poder está la base de la democracia moderna. El 4 de marzo de 1801, Estados Unidos se convirtió en la primera república de la historia que vivía una transferencia electoral de poder de una formación a otra.⁹ Aquel día, el presidente en funciones, John Adams, un líder del partido fundacional de Estados Unidos, el Partido Federalista, abandonó tranquilamente Washington, D. C. en su carruaje antes del alba. El presidente electo Thomas Jefferson, del rival Partido Demócrata-Republicano, el hombre que había derrotado a Adams en las elecciones de 1800, tomó posesión en la cámara del Senado estadounidense unas horas más tarde.

Esa transición resultó indispensable para la supervivencia de la nueva República.¹⁰ Sin embargo, no fue inevitable ni tampoco fácil.¹¹ En 1800, la norma de aceptar la derrota y traspasar poderes a un oponente todavía no estaba consolidada. El propio hecho de que existiera un partido opositor estaba contemplado como algo ilegítimo. Para algunos políticos, incluyendo a muchos de los fundadores, era equivalente a la sedición e incluso a la traición.¹² Dado que nunca antes había tenido lugar un traspaso de poderes, era difícil suponer que la oposición fuera a actuar del mismo modo en futuras elecciones. Entregar los poderes a otro partido era entendido como «un salto a lo desconocido».¹³

La transición fue especialmente difícil para los federalistas, que adolecían de lo que podría llamarse «el dilema de los fundadores»: para que arraigue un nuevo sistema político, sus fundadores deben aceptar que no van a ser siempre ellos quienes lleven la voz cantante. Como artífices de la Constitución y herederos del legado de George Washington, dirigentes federalistas como John Adams y Alexander Hamilton se consideraban a sí mismos los legítimos administradores de la nueva República.¹⁴ Contemplaban sus intereses personales y los de la República como una sola cosa, y les producía rechazo la idea de ceder su poder a contrincantes sin experiencia.

Así pues, el surgimiento de los demócratas-republicanos, el primer partido de la oposición de Estados Unidos,¹⁵ puso a prueba la estabilidad de la nueva nación. Las sociedades demócratas-republicanas aparecieron por primera vez en Pensilvania y otros estados en 1793. El movimiento pronto se transformó en oposición real bajo el liderazgo de Jefferson y James Madison. Los demócratas-republicanos se distanciaron de los federalistas en muchas cuestiones de relevancia en aquel momento, incluyendo la política económica, la deuda pública y, sobre todo lo demás, los asuntos de guerra y paz. Veían a los federalistas como casi monárquicos («monócratas»), y les preocupaba que las insinuaciones diplomáticas de Adams a Gran Bretaña constituyeran un intento encubierto de restaurar la autoridad británica sobre Estados Unidos.¹⁶

A su vez, a ojos de muchos federalistas, los demócratas-republicanos eran poco menos que traidores. Tenían suspicacias de que fueran simpatizantes del Gobierno revolucionario de Francia en una época en que las crecientes hostilidades entre Estados Unidos y Francia suponían una amenaza real de guerra.¹⁷ Los federalistas temían que los «enemigos domésticos» republicanos facilitaran una invasión francesa.¹⁸ Las revueltas de esclavos en el Sur reforzaban ese temor.¹⁹ Los federalistas contraatacaron diciendo que las rebeliones de esclavos —como la de Gabriel, en Virginia, durante el verano de 1800—* estaban inspiradas por los republicanos y su ideología, como parte de lo que la prensa federalista llamaba «el verdadero plan francés».

* Gabriel Prosser fue un herrero de Virginia que intentó llevar a cabo una enorme revuelta movilizando a más de mil esclavizados, posiblemente bajo el influjo de testigos de primera mano de la Revolución haitiana, entonces en curso. Aunque fue acallada antes de realizarse y las autoridades del estado condenaron a muerte a sus organizadores, de haber sido exitosa podría haber tenido una gran repercusión. Por otro lado, como Prosser ordenó no matar a cuáqueros, metodistas o franceses, se sospechó que la revuelta era parte de una conjura mayor.

Al principio los federalistas trataron de acabar con sus oponentes. En 1798, el Congreso aprobó las *Alien and Sedition Acts* (Leyes de Extranjería y Sedición), utilizadas para apresar a políticos demócratas-republicanos y editores de periódicos que criticaran al Gobierno federal, actos que polarizaron aún más al país. Virginia y Kentucky las declararon leyes nulas y sin validez en sus territorios, algo que los federalistas contemplaron como sedicioso. Considerando la conducta de Virginia como una «conspiración» en pro de Francia, Hamilton animó al Gobierno de Adams a levantar una «sólida fuerza militar» que pudiera «conducirse hasta Virginia». ²⁰ Como respuesta, la legislación de aquel estado empezó a armar su propia milicia. ²¹

El espectro de la violencia —de una guerra civil, incluso— pendía sobre la joven República a las puertas de las elecciones de 1800. La desconfianza mutua, alimentada por la animosidad entre partidos, ponía en peligro las expectativas de cualquier traspaso pacífico de poder. Como expresó el historiador James Sharp, «los federalistas y los republicanos estaban deseosos de creer que sus oponentes serían capaces de prácticamente cualquier acto, por traicionero o violento que fuera, para conseguir o retener su poder». ²²

De hecho, los líderes federalistas exploraron maneras de subvertir el proceso electoral. En el Senado aprobaron una ley para establecer un comité compuesto por seis miembros de ambas cámaras del Congreso (que estaban dominadas por los federalistas) y el presidente del Tribunal Supremo para que «decidiera qué votos contar y cuáles rechazar». ²³ Hamilton instó al gobernador de Nueva York, John Kay, a que convocara una sesión parlamentaria estatal especial del Gobierno saliente (dominado por los federalistas) para que aprobara una ley que transfiriera la autoridad para nombrar electores de la asamblea legislativa entrante (dominada por los demócratas-republicanos) al gobernador Jay, federalista. En una carta cargada de inquina hacia sus rivales, Hamilton se adhirió al tipo de estrategia basada en las «tácticas duras»

que, como mostramos en *Cómo mueren las democracias*, puede hundirlas. Hamilton escribió:

En tiempos como los que vivimos pasarse de escrupuloso no es suficiente. Resulta fácil sacrificar los intereses mayores de la sociedad si se observan estrictamente las normas corrientes. Sin embargo, no deberían ser óbice para emprender acciones para que un *ateo* en lo religioso o un *fanático* en lo político tome posesión de las riendas del Estado.²⁴

Los federalistas jamás llegaron a poner en marcha sus planes, pero el propio hecho de que los hubieran considerado demuestra cuán complicado le resultaba aceptar la derrota al primer partido fundado en Estados Unidos.

La contienda de 1800 también estuvo a punto de descarrilar a causa de un sistema electoral deficiente. En diciembre, después del recuento de votos, el Colegio Electoral comunicó un resultado incómodo: aunque estaba claro que Adams había perdido, los dos candidatos demócratas-republicanos, Jefferson (el teórico candidato del partido a la presidencia) y Aaron Burr (teórico candidato a vicepresidente), se encontraron con un empate inesperado: 63 votos cada uno. Ello derivó en las elecciones a la Cámara de Representantes de la administración saliente, en la que los federalistas todavía eran mayoría.*

Aunque Adams aceptó la derrota a regañadientes y ya se estaba haciendo a la idea de volver a su casa de Quincy (Massachusetts), muchos federalistas detectaron la oportunidad de usar tácticas constitucionales duras para aferrarse al poder. Algunos dejaron caer la propuesta de nuevas elecciones.

* Recordemos que el presidente y el vicepresidente de Estados Unidos no se eligen directamente, sino a través de votos a candidatos del Colegio Electoral. Cuando existe una mayoría, es la Cámara de Representantes quien elige al presidente, mientras que el Senado se encarga de escoger al vicepresidente.

nes.²⁵ Otros deseaban elegir a Burr, supuestamente a cambio de que los federalistas tuvieran un papel en una futura administración con él al frente.²⁶ Era una jugada totalmente legal, ya que los victoriosos demócratas-republicanos tenían la clara intención de que Jefferson fuera presidente y Burr vicepresidente. Aunque como pudo leerse en un periódico de la época, esta estratagema habría violado «el espíritu de la Constitución, que requiere de la voluntad del pueblo para que se cumpla».²⁷ Aquel diciembre surgió una idea más controvertida si cabe en los círculos federalistas: postergar el debate hasta el 4 de marzo de 1801, la fecha límite para investir a un presidente; algo que, como expresó el senador Gouverneur Morris, «dejaría al Gobierno en manos del presidente interino del Senado»,²⁸ un miembro de los federalistas. Una jugada así, que Jefferson repudió porque «violentaba la Constitución», habría provocado casi sin lugar a dudas una crisis constitucional.

El hecho de que los dirigentes federalistas pensaran en usar tácticas duras aumentó el temor entre los demócratas-republicanos de que los federalistas estuvieran planeando ilegalmente «usurpar» el poder.²⁹ Ello condujo a Jefferson y a sus aliados a contemplar, tal y como él mismo dijo, «la resistencia a través de la fuerza».³⁰ Los gobernadores de Pensilvania y Virginia movilizaron a sus milicias y amenazaron con la secesión si la elección de Jefferson seguía encallada.³¹

La nevada mañana del 11 de febrero de 1801, la Cámara de Representantes convocó una sesión para solventar el resultado en el Colegio Electoral. La Constitución estipulaba que a cada una de las dieciséis delegaciones estatales se le asignaba un único voto, y que se requería una mayoría de nueve para la victoria. Durante seis penosos días, y en el transcurso de 35 votaciones, los resultados fueron los mismos: una y otra vez, ocho estados votaron a Jefferson; seis a Burr; y en dos de ellos fue imposible que sus delegaciones llegaran a un consenso, por tanto, se abstuvieron. Se necesitaba que al menos un federalista votara para salir de la pará-

lisis. Al final, durante el sexto día, el congresista federalista James Bayard, de Delaware (el único representante del estado), anunció que retiraba su apoyo a Burr, provocando gritos en el plenario de la cámara con los que lo tildaron de «¡desertor!». Delaware, que había apoyado a Burr, pasaría a abstenerse. Pronto, Maryland y Vermont, que se habían abstenido, votarían a favor de Jefferson, dándole una sólida mayoría de 10 estados. Dos semanas después, Jefferson fue investido presidente.³²

¿Por qué se ablandaron los federalistas? En una carta a un amigo, Bayard explicaba que cambió su voto porque temía que la alternativa a Jefferson fuera la descomposición constitucional, o incluso una guerra civil. Escribió:

A causa de un inclemente odio hacia Jefferson, algunos de nuestros caballeros federalistas estaban dispuestos a llegar a los extremos más desesperados. Por mi total determinación a no poner en riesgo la Constitución o llegar a una guerra civil, creí que era el momento en que era necesario dar un paso en firme.³³

De mala gana, la administración Adams supervisó el primer traspaso de poder de Estados Unidos. No fue completamente pacífico (la amenaza de violencia estuvo presente durante todo el proceso) ni inevitable, pero al aceptar la derrota y abandonar sus cargos, los federalistas dieron un gran paso para cristalizar el sistema constitucional que acabaría por convertirse en la democracia estadounidense.

Una vez los partidos aprenden a perder, el sistema democrático puede echar raíces, y una vez este arraiga, la alternancia del poder se convierte en algo tan rutinario que la gente la da por natural. En diciembre de 2021, setenta años después del restablecimiento de la democracia en Alemania tras la Segunda Guerra Mundial, la veterana canciller del país, Angela Merkel, se retiró de su cargo. Aquel otoño, la Unión Demócrata Cristiana de Alemania había sido derrota-

da por la oposición, el Partido Socialdemócrata. La sencilla ceremonia de investidura del nuevo canciller socialdemócrata se parecía más a una boda civil en un ayuntamiento de provincias, ratificada por la firma de papeleo y el intercambio de documentos. A los presentes les preocupaba más contagiarse de la última variante de la covid-19 que la posibilidad de que hubiera violencia o una toma ilegal del poder. Cuando el nuevo canciller, Olaf Scholz, se encontró con su derrotado rival, el democristiano Armin Laschet, en el edificio del Reichstag, ambos se saludaron chocando el puño amistosamente.

¿Cómo llega una democracia a ser como la de la Alemania actual, donde la transferencia del poder carece de todo drama? ¿Qué permite que se naturalice una norma como la de aceptar la derrota?

Hay dos condiciones que ayudan. La primera es que resulta más probable que los partidos acepten que han perdido cuando creen que tienen posibilidades razonables de volver a ganar en un futuro.

Puede que los peronistas se sintieran anonadados tras su derrota electoral en 1983, pero seguían siendo el partido más grande de Argentina, con más miembros que el resto de los partidos juntos. Gracias a que confiaron en que podían volver a ganar, muchos peronistas de primera fila se adaptaron con rapidez. Carlos Menem, que acababa de ser elegido gobernador de la pequeña provincia de La Rioja, en el noroeste, empezó a preparar su candidatura presidencial tras la derrota de su partido en 1983. Menem alcanzaría la presidencia en 1989, y los peronistas ganarían cuatro de las cinco elecciones presidenciales posteriores.

Aunque la incertidumbre de los líderes federalistas acerca del futuro hizo que la transición estadounidense de 1801 fuera más difícil, al final muchos de ellos se mostraron confiados en que volverían a conseguir el poder: «Todavía no estamos muertos»,³⁴ declaró un federalista tres días después de la investidura de Jefferson. Fisher Ames aconsejó a sus

colegas federalistas que se acostumbraran a verse como la nueva oposición, porque «pronto volverían a estar en lo más alto y listos para tener de nuevo las riendas del Gobierno, y con ventaja». De manera similar, Oliver Wolcott Jr., el secretario del Tesoro de Adams, albergaba esperanzas de que «siguieran siendo un partido, y que a corto plazo volviéramos a tener influencia».³⁵ De hecho, un federalista de Nueva Jersey que acababa de empezar a construirse una casa declaró que detenía las obras hasta que volvieran al poder.³⁶ (Resultaron estar equivocados.)

Una segunda condición que ayuda a que los partidos acepten su derrota es la creencia de que perder el poder no comportará una catástrofe: que un cambio de Gobierno no será una amenaza para la vida o el sustento, ni para los principios más valiosos del partido saliente y de sus constituyentes. Las elecciones a menudo parecen batallas en las que hay mucho en juego, pero si las apuestas son *demasiado* altas y las formaciones que han perdido creen que lo van a perder *todo*, serán reacias a ceder el poder. En otras palabras, es un miedo sobredimensionado a perder, lo que hace que los partidos se revuelvan contra la democracia.

Bajar las apuestas fue crítico para la transición de 1801 en Estados Unidos. En medio de aquella polarizada campaña, muchos federalistas retrataban a los republicanos como una amenaza a su existencia, y asociaban una potencial victoria de Jefferson a una revolución de estilo jacobino que condenaría a los federalistas a la pobreza y al exilio; o peor, a provocar que «vadearan en sangre»,³⁷ en palabras del senador federalista Uriah Tracy. Sin embargo, finalmente Hamilton y otros líderes fundadores reconocieron que Jefferson no era sino un pragmático que se valdría del marco del sistema existente.³⁸ Como dijo Rufus King a un amigo federalista durante la campaña: «No considero que nuestro Gobierno ni la seguridad de nuestras propiedades se verán, en ningún sentido material, afectados» por una victoria de Jefferson. Parece ser que las negociaciones entre bastidores conven-

cieron a los federalistas más importantes de que las prioridades a las que tenían más estima —como el ejército naval, el Banco de Estados Unidos y la deuda soberana— seguirían protegidas con Jefferson en el poder.³⁹ Ahora bien, por lo que pudiera pasar, los federalistas salientes decidieron ocupar los tribunales con los suyos creando dieciséis nuevas magistraturas en las que colocaron a jueces aliados.⁴⁰ Los federalistas, por ende, abandonaron el poder con la creencia de que una presidencia de Jefferson no sería una calamidad.⁴¹ Al escuchar el conciliador discurso inaugural de Jefferson, Hamilton concluyó que «el nuevo presidente no se dejará llevar por peligrosas innovaciones, sino que en lo elemental seguirá los pasos de sus predecesores».⁴²

Aceptar la derrota se complica cuando los partidos sienten miedo; un temor a no poder lograr de nuevo la victoria en un futuro o, en esencia, a que lo que van a perder no es solamente unas elecciones. Cuando a los políticos o a los constituyentes una derrota les parece una amenaza existencial, se desviven por impedirla.

Este tipo de temores surgen a menudo durante épocas en las que se producen cambios sociales de gran calado.

Los estudios de psicología política nos muestran que el estatus social —el lugar que ocupamos en relación con otras personas— puede moldear con fuerza las actitudes políticas.⁴³ A menudo estimamos nuestra posición social en términos de la influencia de los grupos con quienes nos identificamos. Estos pueden basarse en la clase social, la religión, la geografía, o bien la raza o etnia, y dónde se hallan dentro de la jerarquía social afecta sobremanera a nuestra sensación de valía como individuos. Un cambio económico, demográfico, cultural o político puede hacer trastabillar jerarquías sociales existentes, incrementar el estatus de algunos grupos e, inevitablemente, disminuir el estatus relativo de otros. Lo que la escritora Barbara Ehrenreich llamaba el «miedo a caer» puede ser una fuerza muy pesada.⁴⁴ Cuando un partido político representa a un grupo que percibe de sí mismo

que pierde terreno, a menudo se radicaliza. Cuando el modo de vida de sus constituyentes parece estar en juego, los líderes de los partidos se sienten presionados para ganar, cueste lo que cueste. Perder deja de ser una opción aceptable.

El miedo existencial frustró el surgimiento de la democracia a principios del siglo xx en Alemania. En la antesala de la Primera Guerra Mundial, el Imperio alemán solo era una democracia parcial dominada todavía por un pequeño círculo de aristócratas, industriales y burócratas de enorme estatus. Existían elecciones nacionales, pero el poder real se concentraba en Prusia, cuyas normas enormemente restrictivas para el sufragio favorecían sobremanera a los ricos: un sistema de voto por estratos que en efecto otorgaba a los potentados más papeletas. Antes de 1903, no existía la votación secreta; el sufragio al descubierto permitía a las élites locales y a los funcionarios vigilar de cerca a quién se votaba en sus comunidades. Incluso después de 1903, los terratenientes e industriales ejercían presión a los funcionarios del Gobierno para que manipularan las urnas.

Existía mucha demanda pública para que se reformara la política. Alemania era una economía industrial con una gran burguesía y una robusta sociedad civil. Aun así, los reformadores democráticos se enfrentaban a una élite conservadora reaccionaria, en declive, y, por lo tanto, cada vez más aterrada. Dependientes desde hacía mucho de un sistema electoral amañado, los conservadores alemanes y sus aliados entre los terratenientes llegaron a convencerse de que jugar, del modo que fuera, con los reglamentos del voto diluiría su poder y los llevaría a la derrota. Por tanto, perder las elecciones, como creían, aceleraría la decadencia del orden aristocrático al completo. La democracia, por lo tanto, constituía una amenaza a todo lo que ellos representaban. Los grandes terratenientes temían que se desvaneciera su autoridad sobre la mano de obra barata del campo. Tenían miedo a perder las tarifas proteccionistas que sustentaban su obsoleto sistema agrícola. Los propietarios de fábricas en

los polos industriales, entonces en auge, estaban asustados porque dejarían de controlar a unos trabajadores cada vez más envalentonados por el creciente movimiento obrero.

En suma, a los conservadores de Prusia les aterrizaraban muchas más cosas que perder aquellas elecciones. Temían perder su posición de dominio en la sociedad. En mayo de 1912, en el transcurso de un último intento previo a la guerra por reformar el sistema electoral prusiano, el líder conservador Ernst von Heydebrand se dirigió al pleno del Parlamento y defendió con pasión el viejo orden, insistiendo en que el «Gobierno de las masas indiferenciadas ¡es un ataque en contra de las leyes básicas de la naturaleza!».⁴⁵ Durante la Primera Guerra Mundial, el general Erich Ludendorff, un destacado funcionario gubernamental, encarnó la forma más extrema del conservadurismo alemán. Dirigiéndose a un amigo, Ludendorff describió la democracia como «un terror sin fin». «Con la igualdad de derechos no podemos vivir», escribía: «¡Podría ser peor que perder la guerra!».⁴⁶

De modo que los conservadores alemanes votaron en repetidas ocasiones (un total de dieciséis veces) para bloquear la reforma política. Poseídos por un miedo profundamente asentado a las clases obreras y al socialismo, se resistieron a la democratización hasta los días finales de la Primera Guerra Mundial.

Los conservadores de Alemania nunca llegaron a asumir las derrotas hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Pero, en ocasiones, incluso los partidos democráticos consolidados olvidan la capacidad de perder. Para ver cómo y por qué, consideremos un escenario muy diferente: Tailandia en el siglo XXI. La historia política de este país ha sido escabrosa, con más de doce golpes militares desde la década de 1930. En los noventa, sin embargo, la democracia parecía estar consolidándose. Las protestas populares habían lleva-

do al Gobierno militar a su fin, y el Partido Demócrata, con sus bases de clase media y una veterana oposición al ejército, triunfó en las elecciones de 1992.⁴⁷ Una nueva Constitución y una década de crecimiento económico de dos cifras, además de una clase media en expansión y cada vez más llena de confianza en sí misma, hicieron que Tailandia pareciera tener un porvenir brillante en democracia. Algunos observadores se atrevieron a conjeturar que Tailandia estaba en camino de unirse a otras democracias ricas del este asiático como Japón, Corea del Sur y Taiwán.⁴⁸

Sin embargo, todo se fue al garete a principios del siglo XXI. Una serie de golpes militares acabó con la embrionaria democracia de Tailandia y el ejército recuperó su posición de dominio. Inesperadamente, además, el Partido Demócrata, que había sido abanderado en la lucha por la democracia durante los años noventa, celebraba estos golpes. ¿Qué había sucedido?

El primer domingo de febrero de 2014 tuvo lugar un evento revelador. Era la jornada electoral. En Bangkok, una enorme ciudad de diez millones de habitantes, llegar a las urnas siempre había sido difícil. Manifestantes, procedentes en su mayoría de las clases medias educadas tailandesas, bloqueaban las calles.⁴⁹ Durante meses, quienes protestaban se habían estado reuniendo con actitud carnavalesca en las plazas más céntricas de Bangkok, en los centros comerciales y en los cruces más importantes. Los discursos políticos se acompañaban con música en directo y emisiones televisivas en grandes pantallas. Los estudiantes universitarios y los profesionales que volvían a casa de sus trabajos de oficina se juntaban en las calles con banderas tailandesas pintadas en la cara y se hacían selfis para postearlos en sus páginas de Facebook.⁵⁰ Actores, estrellas del pop y vástagos de algunas de las familias más adineradas y famosas de Tailandia se encontraban allí. En un momento de demostración *radical chic* que tuvo mucha repercusión, Chitpas Bhirombhakdi, la heredera de veintiocho años de la fortuna familiar de 2,6 bi-

llones de dólares de la cerveza Singha, se subió a una excavadora entre barricadas policiales. Cuando los cuerpos de seguridad liberaron gas lacrimógeno, empezó a subir fotos a Instagram lavando los ojos de sus compatriotas. «Gente a la que normalmente verías en las páginas del corazón estaba ahí —le dijo a un periodista de la agencia Reuters el director de la revista de moda *Thailand Tatler*, de Bangkok—. Toda esa gente de las grandes familias solían ser conocidos como la minoría silenciosa. Y, bueno, silenciosos ya no son.»

A pesar de la atmósfera festiva, aquellas reuniones tenían un propósito serio: los manifestantes pedían que la primera ministra electa, Yingluck Shinawatra, dimitiera, ya que la acusaban de corrupción. Cuando la primera ministra Yingluck llamó a las urnas, los manifestantes salieron a las calles *en contra* de las elecciones. Muchos de los organizadores del movimiento, sorprendentemente, procedían del Partido Demócrata. Liderados por el antiguo secretario general del partido, Suthep Thaugsuban, un grupo denominado Comité de Reforma Democrática del Pueblo (PDRC) organizó una elaborada campaña para impedir que las elecciones tuvieran siquiera lugar. Los activistas del PDRC y del Partido Demócrata impidieron físicamente que los candidatos se registraran, y los líderes de las protestas llamaron a que se boicotearan los comicios.

Los demócratas,⁵¹ al parecer coordinados con los manifestantes, decidieron a última hora no participar en las elecciones a modo de protesta, y dos días antes de poder acceder a las urnas,⁵² un grupo de abogados que trabajaba para los demócratas registró una petición para que se declararan nulas. El día de los comicios, los manifestantes interfirieron con el reparto de papeletas, presionaron a los trabajadores electorales para que cerraran los lugares habilitados para el sufragio e intimidaron a los votantes.⁵³ El proceso electoral se interrumpió en casi una de cada cinco circunscripciones.⁵⁴ En muchos casos, los empleados de las elecciones no pudieron acudir a sus colegios electorales en medio de mul-

titud de manifestantes. Los frustrados votantes hacían cola con las tarjetas de inscripción en la mano mientras gritaban: «¡Elecciones, elecciones! ¡Queremos votar hoy!». En cambio, los manifestantes, principalmente de la burguesía de Bangkok, renunciaron a las elecciones. Uno de sus eslóganes, propuesto por la magnate inmobiliaria Srivara Issara cuando se introdujo en el movimiento, era: «¡La rectitud moral está por encima de la democracia!».⁵⁵

Los manifestantes consiguieron impedir las elecciones de febrero de 2014 y el Tribunal Constitucional finalmente las anuló. En mayo, la primera ministra Yingluck fue destituida como consecuencia de un mero tecnicismo. Dos semanas después, el ejército, con el visto bueno del rey, declaró la ley marcial, abolió la Constitución y formó una junta llamada «Consejo Nacional para la Paz y el Orden», así puso fin a la democracia tailandesa. Los activistas del PDRC lo celebraron repartiendo rosas entre los soldados y agradeciéndoles su servicio. «Es un día victorioso —dijo el líder de las protestas, Samdin Lertbutr—. El ejército ha hecho su trabajo. Y nosotros hemos hecho el nuestro.»⁵⁶ Después los demócratas se unieron al Gobierno conformado por el ejército, lo que supuso un apoyo implícito al golpe.⁵⁷

¿Cómo pudo ser que un partido del sistema como el de los demócratas tailandeses, considerado durante largo tiempo como abanderado de la democracia, llegara a rechazar las elecciones y aceptara un golpe militar?

Los demócratas eran un partido formado por profesionales, estudiantes universitarios y votantes de la clase media urbana; del tipo que frecuentaba las protestas del PDRC. Sus bases se concentraban en Bangkok y en partes del sur de Tailandia. Pero Bangkok no es más que una pequeña isla en un país de setenta millones de habitantes, y los demócratas jamás se esforzaron en atraer a los pobres agricultores del arroz, a los conductores de taxi, a los pequeños tenderos y a otros votantes rurales o de ciudades menores que poblaban el interior del país, al norte de Bangkok. Durante

muchos años apenas tuvo importancia que los ignorasen. Los millones de votantes de las provincias tailandesas no tenían afinidades estables dentro de la panoplia de partidos nacionales de la lejana Bangkok, y sus votos a menudo eran objeto de compra por parte de políticos locales que hacían de intermediarios.⁵⁸ Esta fragmentación permitió a los demócratas seguir siendo competitivos, a pesar de estar mayoritariamente consignados a Bangkok y el sur. Pero todo eso cambió en los años noventa. La crisis financiera asiática de 1997 dañó el apoyo popular a los partidos convencionales, en especial a los demócratas, lo que permitió que el magnate Thaksin Shinawatra y su recién formado partido Thai Rak Thai (Los Tailandeses Aman a los Tailandeses) arrasaran con su victoria en las elecciones de 2001.

Thaksin fue un primer ministro polémico, cuyo Gobierno se enfrentó a numerosas acusaciones de corrupción.⁵⁹ Pero también era un político de mucha astucia, que comprendió que aprobar medidas dirigidas a las regiones más pobres y rurales del norte le recompensaría en las urnas. En 2001, Thaksin hizo campaña por un nuevo «contrato social» que incluía una moratoria de tres años sobre la deuda de los agricultores, ayudas económicas para que algunos pueblos diversificaran sus economías más allá del cultivo de arroz y un ambicioso programa de sanidad universal.⁶⁰ Y lo cumplió. Su Gobierno gastó miles de millones de dólares en políticas públicas dirigidas a los votantes más pobres, convirtiendo a Tailandia en uno de los primeros países de renta media con sanidad universal en el mundo.⁶¹ Los niveles de pobreza descendieron de forma radical, especialmente en el ámbito rural, y por primera vez en décadas bajaron los niveles de desigualdad.⁶²

Las políticas sociales de Thaksin se vieron recompensadas en las urnas. En las elecciones de 2005, su Thai Rak Thai logró un sensacional 60 por ciento del voto, casi triplicando la posición de los demócratas, que quedaron en un lejano segundo puesto. De repente, los demócratas dejaban de es-

tar en situación de competir. Cuando Thaksin, acechado por las críticas a sus transacciones financieras, llamó a nuevas elecciones parlamentarias en 2006, el compromiso de los demócratas con el sistema democrático empezó a hacer aguas. Llamaron a un boicot de los comicios (Thaksin volvió a ganar de forma apabullante) y, poco después, las elecciones serían invalidadas por el Tribunal Constitucional. Unos cuantos meses más tarde, el ejército asumió el poder mediante un golpe de Estado que forzó a Thaksin a exiliarse para evitar su detención. Aunque el ejército programó una nueva jornada electoral para 2007, ilegalizó el partido de Thaksin, el Thai Rak Thai.

Sin embargo, su prohibición no surtió efecto. En las elecciones de 2007 ganó el Partido del Poder Popular, una nueva formación que suplía la ausencia del Thai Rak Thai y del exiliado Thaksin. Cuando este partido también fue disuelto, los seguidores de Thaksin se reagruparon en un tercer partido, Pheu Tai. Bajo el liderazgo de la hermana de Thaksin, Yingluck Shinawatra, ganaron las elecciones parlamentarias de 2011, consiguiendo casi el doble de escaños que los demócratas.

Por entonces los demócratas parecían incapaces de ganar unas elecciones libres y justas. A pesar de ser cercanos a la monarquía y el respaldo del *establishment* de Tailandia, perdieron cinco veces seguidas desde 2001 a 2011.

Aunque no solo era la irrelevancia electoral de los demócratas lo que llevó a sus votantes formados, profesionales y de clase media a las calles en 2013 y 2014. Como tampoco fue meramente la furia de sus electores ante la supuesta corrupción de la administración Yingluck, o una propuesta de ley de amnistía que permitiría al exiliado Thaksin a volver a Tailandia. Aquella ira tenía raíces más profundas: la élite de Bangkok cada vez se resentía más del cambiante equilibrio de poder, riqueza y estatus en la sociedad tailandesa. Llevaba mucho tiempo situada en lo más alto de las jerarquías políticas, económicas y culturales de Tailandia. Las universi-

dades más prestigiosas estaban en Bangkok. La gente acomodada de la capital mandaba a sus hijos a facultades de Gran Bretaña o Estados Unidos. Estas instituciones de élite eran, a su vez, el principal método de incorporación a puestos del sector privado y del Gobierno. Aunque los gobiernos iban y venían con notoria frecuencia en el siglo xx, el círculo de las élites poseedoras de un estatus elevado permanecía estable y cerrado.

Aquello empezó a cambiar con Thaksin. A partir de 2001,⁶³ la parte de la renta nacional correspondiente a los pobres había ido en aumento, lo que redujo la desigualdad pero exprimió a las clases medias urbanas. Thaksin y Yingluck movilizaron a los pobres en el medio rural como nadie lo había hecho antes, despreciando al consentido sector del Bangkok céntrico que había dominado la política tailandesa durante décadas. Aunque Thaksin tenía su reputación manchada por las acusaciones de corrupción, evasión de impuestos y abuso de poder, el continuo éxito electoral de su movimiento no dejaba lugar a dudas acerca de que su atractivo popular era duradero.⁶⁴

En ese momento, lo que en realidad sacudió a la élite social y política de Bangkok por encima de las victorias de Thaksin fue *quién* estaba ganando en el otro extremo. La heredera de la cerveza Singha, Chitpas Bhirombhakdi, convertida en una glamurosa militar de a pie durante las protestas de 2014, plasmó este sentimiento al declarar, en una entrevista para *The Japan Times*, que los tailandeses no contaban con una «auténtica comprensión» de la democracia, «especialmente en las zonas rurales».⁶⁵ Otro manifestante de enorme repercusión, Petch Osathanugrah, conocida personalidad cultural, además de ser director general de una empresa de bebidas energéticas tailandesa, dijo a un periodista: «En realidad no estoy a favor de la democracia. No creo que estemos preparados para ella. Necesitamos un Gobierno fuerte como el de China o Singapur: casi como una dictadura, pero por el bien del país».⁶⁶ La mayoría de los manifestantes com-

partían ese punto de vista. En una encuesta de 2014, se preguntó a 350 manifestantes si estaban de acuerdo con la frase «los tailandeses no están listos para el derecho igualitario al voto». Solo el 30 por ciento de los encuestados dijo que aquella proposición «ofendía seriamente a los principios de la democracia», mientras que el 70 por ciento estuvieron de acuerdo con ella, o dijeron: «Debemos aceptar cómo es». ⁶⁷

Para muchos tailandeses con estatus elevado, aquella reticencia a la democracia tenía que ver con su miedo a verse desplazados. Mientras que en su día las clases medias urbanas habían sido las protectoras de la normalidad democrática en Tailandia, hacia la primera década del siglo XXI, como observaba el escritor Marc Saxer:

Sentían que ellos mismos eran algo parecido a la minoría. Movilizados por astutos emprendedores políticos, ahora era la periferia la que ganaba todas las elecciones con comodidad. Ignorando el ascenso de una clase media rural que exige una participación plena en la vida política y social, la clase media del centro interpretó las demandas de igualdad de derechos y bienes públicos como «pobres que se vuelven codiciosos». ⁶⁸

Ese era el sentimiento que avivaba las manifestaciones de 2013 y 2014. Su principal objetivo, según el politólogo Duncan McCargo, era volver «a una imaginada era pre-Thaksin en la que el entramado dirigente y sus apoyos todavía podían llevar la batuta, y en la que los votantes provinciales podían ser marginados». ⁶⁹

Muchos de los grupos de clase media que habían impulsado la democracia en los noventa empezaban a tener miedo de sus consecuencias. Por eso, cuando la primera ministra Yingluck trató de aplacar las protestas con unas nuevas elecciones en 2014, los demócratas repudiaron su convocatoria y las boicotearon. De hecho, no había nada a lo que los manifestantes y sus aliados de los demócratas tailandeses tuvieran más miedo que a unas elecciones libres y justas. Por

eso los demócratas, que en su día se habían opuesto a los golpes y al poder absolutista de la realeza, pasaron a apoyar con discreción el golpe de 2014 y luego se unieron al Gobierno dominado por los militares.⁷⁰ Cuando la democracia dio paso a un movimiento que ponía en jaque la hegemonía social, cultural y política de la élite de Bangkok, los demócratas se revolviaron contra la democracia.

El miedo es con frecuencia lo que anima los giros hacia el autoritarismo. El temor a perder el poder político y, tal vez más importante, el miedo a perder el estatus dominante en la sociedad. Pero si el miedo puede conducir a partidos convencionales a desviarse de la democracia, ¿hacia dónde los lleva en su lugar? En Tailandia, quienes asaltaban la democracia eran fáciles de identificar: por duodécima vez en la historia del país, la cúpula militar tomó el poder. Sin embargo, en democracias más consolidadas, es más difícil detectar los métodos, e incluso más, detenerlo.